



en página anterior
Luis Ouvrard, diciembre de 1974.
Fotografía de Norberto Puzzolo

Ouvrard
pinturas y dibujos 1916-1986

* * *

Editorial Municipal de Rosario / Editorial Ivan Rosado

Ouvrard, Luis : pinturas y dibujos 1916-1986

Luis Ouvrard ; prólogo de Mónica Castagnotto.

1a ed. - Rosario : Editorial Municipal de Rosario ; Rosario : Ivan Rosado, 2016.

108 p. ; 25 x 20 cm.

ISBN 978-987-1912-51-3

1. Arte Argentino. I. Castagnotto, Mónica, prolog. II. Título.
CDD 709.82



Municipalidad de Rosario
Secretaría de Cultura y Educación

Año 2016

© Herederos de Luis Ouvrard

:e(m)r;

© Editorial Municipal de Rosario
Planetario Luis C. Carballo, Parque Urquiza
(S2000BMF) Rosario, Santa Fe, Argentina.
emr@rosario.gov.ar / www.rosariocultura.gob.ar/emr

**IVAN
ROSADO**

© Editorial Ivan Rosado
edicionesivanrosado@gmail.com / www.ivanrosado.com

Proyecto, investigación y cronología: Mónica Castagnotto y Maximiliano Masuelli.
Producción ejecutiva: Juan Manuel Alonso y Maximiliano Masuelli.

Fotografía: Laura Glusman y Andrea Ostera.

Tratamiento digital: Laureano Falcone.

Diseño: Alonso, Lis Mondaini.

Edición de textos: D. G. Helder.

Corrección: Estefanía Pighin.

Agradecimientos:

a Karina y Darío Ouvrard;

a Museo Castagnino+macro y Fundación Osde.

Tirada: 1.000 ejemplares

Tapa: cartulina 305 gr

Interior: ilustración 170 gr

Tipografía: Archivo Black, Archivo Narrow y Minion

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos

ISBN 978-987-1912-51-3

CUIT 30-99900315-6

Impreso en la Argentina

OUVRARD

pinturas y dibujos 1916-1986

Nota de edición

Este libro reúne por primera vez una muestra significativa de la obra pictórica de Luis Ovrard. Fechados entre 1916 y 1986, los más de ochenta óleos, pasteles y dibujos seleccionados —muchos de los cuales no habían sido nunca exhibidos— proceden en su mayoría de la colección de la familia Ovrard y otra parte de colecciones particulares y del Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino. El libro cuenta, además, con una cronología de la vida de Ovrard realizada a partir de artículos periodísticos, ensayos, entrevistas, catálogos y materiales inéditos conservados en el archivo del pintor.



El tiempo demorado

por Mónica Castagnotto

A Luis Ouvrard le gustaba hablar de su mundo, de la pintura, de los amigos y de la familia. Tenía buena memoria sobre todo para los lugares y los nombres. Solía contar historias sobre los grupos y proyectos que acompañó, como la revista *Pagana*, la creación de la filial rosarina de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos y de la Escuela Provincial de Artes Plásticas. En sus primeros años de pintor disfrutaba de los encuentros con sus colegas en el Ateneo Popular, las charlas en el Café Social y las esperadas inauguraciones de los salones anuales, de los que participó casi sin interrupciones desde 1918 hasta mediados de la década de 1950. Los que lo conocieron lo recuerdan entusiasmado, dispuesto al diálogo, afectuoso y sereno. Sin embargo con los años Ouvrard se fue apartando para vivir su oficio más orgánica y silenciosamente.

Ya sea como restaurador de pinturas, esculturas, imágenes religiosas y muñecas o como profesor en la cátedra de Color, todas sus actividades lo ligaban de un modo u otro a la pintura. Como restaurador interpretaba la relación que otro artista había entablado con sus materiales: reparar un cuadro suponía descifrar la técnica, la manera o, como él lo llamaba, “el toque del pintor”. Se trataba de poner la destreza al servicio de una tarea que sería exitosa si lograba pasar desapercibida. Así, el pintor aprendió del restaurador el valor del recato. Su relación con el tiempo se formó en la integración de estos dos oficios, nadie conoce mejor la sensación del tiempo suspendido que un restaurador. La percepción del tiempo cronológico se trastorna en su forma de entender los procesos y de concebir el trabajo: recién a los setenta años Ouvrard tuvo su primera muestra individual, con ya cincuenta de pintor. Cuidaba ese tiempo vital en que la obra encuentra la formulación buscada. Elegía volver sobre lo dicho insistiendo en el tratamiento, repitiendo temas y motivos, lo que dio a su trabajo un ritmo singular. Pintaba en un tiempo alterado, creando espacios fundados tanto en el presente como en las figuras de la memoria: es en esa relación donde el pintor recoge los frutos de su trabajo. Los detalles, las modulaciones suaves del color, el raspado sobre la superficie de la pintura, la repetición de

en página anterior
S/T, hacia 1980,
óleo sobre cartón,
29 x 21 cm.
Colección familia Ouvrard



S/T, 1977, pastel sobre papel, 17 x 17 cm.
Colección particular

imágenes similares, a veces idénticas, la insistencia en los mismos encuadres presuponen un espectador que aprecie los juegos con lo imperceptible y se disponga a entrar en un tiempo demorado.

En sus inicios como pintor, Ouvrard presta atención a las variaciones infinitas del color y a “los trazos tan espontáneos” de la pintura impresionista francesa, sintiendo especial afinidad con la visión lírica del paisaje en Ramón Silva y Walter de Navazio. Admira el color y la delicadeza en la obra de Alfredo Guido, donde encuentra la posibilidad de ir más allá del motivo saliendo de lo real en una apuesta por una pintura más bien sentimental. Las décadas del veinte y treinta conforman un período en el que Ouvrard transita desde una figuración de corte académico atravesada por el impresionismo hacia un

realismo influido por Cézanne y las figuraciones de nuevo cuño. Los retratos de su esposa Esther Vidal realizados en 1928 y 1929 participan de ese clima. Unos años después, a principios de la nueva década, las pinturas de muñecas remedan el hieratismo de aquellos retratos y refieren a un mundo cercano a la pintura metafísica.

La relación cotidiana con estos objetos —Luis, Esther y su hermano Camilo restauraban y realizaban muñecas de terracota y yeso— se cruza con las sugerencias visuales provenientes del Novecento italiano. En las naturalezas muertas que realiza en este período inaugura algunas constantes de su producción: la dedicada colocación de los objetos, la elevación de un borde de la mesa, el encuadre que acorta la sensación espacial.

A partir de la década del cincuenta, y por casi cuarenta años, los paisajes y las naturalezas muertas van redefiniendo sus límites de manera paulatina: se trata de un juego donde dichos géneros tan propios de la pintura conviven y se desdican. Ouvrard reinterpreta su visión del campo vinculándolo con naturalezas muertas que salen del ámbito de la casa para apoyarse directamente sobre el suelo. El paisaje se vuelve mesa para sostener el peso de unos objetos dispuestos a cielo abierto. Como en una especie de gabinete de curiosidades, fija la vida de los objetos del mismo modo que enchinchaba las hojas de plátano en las paredes del taller o en su herbario de hojas de tela. En estas configuraciones, más confiado y experimentado, Ouvrard encuentra los motivos.

Su versión de la propia tierra enlaza tiempos y lugares remotos: el Périgord, la región de donde vinieron sus padres, con su Rosario natal. Así es como las escenas creadas van a oscilar entre la evocación de la campiña francesa y la alusión a la pampa santafesina, articulando un imaginario compuesto por el paisaje narrado y el paisaje visto con sus propios ojos. Una construcción donde determinación y fantasía dieron forma a un singular relato sobre el origen. Reafirmando el orgullo de su procedencia, la marca de lo francés aparece en la mesa familiar, en la relación con la naturaleza y el vínculo con la cultura. Ouvrard acepta esa herencia, le da un lugar en su pintura y la hace su tesoro. Las recetas de su madre participan de las naturalezas muertas apoyadas sobre el campo cercano a Rosario. De alguna manera, trufas, hongos, camotes y castañas, los pintores impresionistas y los pasteles que traían los amigos de la familia llevaron al pintor de vuelta a casa.